

sinos, en Alemania, tienen aquel mismo carácter. No tan sólo estas sociedades han producido en pocos años una gran cantidad de trabajos útiles que únicamente podían efectuar de modo conveniente grandes asociaciones (mapas, cabañas de refugio, caminos en los montes, estudios de la vida animal, de insectos nocivos, de emigraciones de pájaros, etc.), sino que van creando nuevos lazos de unión entre los hombres. Dos alpinistas de diferente nacionalidad que se encuentran en una cabaña de refugio en el Cáucaso, el profesor y el campesino ornitólogos que se albergan en una misma casa, dejan de ser extranjeros uno para otro; y la Sociedad del Tío Toby, de Newcastle, que ha persuadido a más de 260.000 muchachos y muchachas a que no destruyan nidos de pájaros y sean buenos para con los animales, ciertamente ha hecho más en pro del desarrollo de los sentimientos humanos y del gusto por las ciencias naturales que muchos moralistas y la mayor parte de nuestras escuelas.

No podemos dejar de mencionar en esta sumaria revista los millares de sociedades científicas, literarias, artísticas y pedagógicas. Hasta el presente los cuerpos científicos, estrechamente regulados y a menudo subvencionados por el Estado, han evolucionado por lo general dentro de un círculo restringido; se les ha mirado a veces como simples mercados para obtener retribuciones del Estado, y la misma estrechez de sus límites engendró no pocas rivalidades mezquinas. Con todo es verdad que estas asociaciones han ido suavizando gradualmente las diferencias de nacimiento, de partidos políticos y de creencias. En las pequeñas ciudades apartadas, estas sociedades científicas, geográficas o musicales, particularmente aquellas que hacen un llamamiento a un amplio círculo de aficionados, se convierten en pequeños centros de vida intelectual, una especie de lazo entre la pequeña ciudad y el mundo, y son sitio adecuado para que hombres de muy diferente condición se relacionen bajo un mismo pie de igualdad. Para apreciar completamente el valor de tales centros es necesario haberlo visto, por ejemplo, en Siberia. Tocante a las innumerables sociedades pedagógicas que ahora comien-

zan a abrir brecha en el monopolio del Estado y de la iglesia para la enseñanza, es seguro que dentro de poco se convertirán en un poder directo en este orden de cosas. Los *Jardines para niños*, se deben a las «Unions Froebel», y a un gran número de asociaciones pedagógicas, legales o clandestinas, se debe el elevado nivel de la educación de las mujeres en Rusia, a pesar de que estas sociedades y grupos han tenido que batallar siempre contra la fuerte oposición del gobierno. Es un hecho bien conocido que las diferentes sociedades pedagógicas de Alemania han tomado parte principal en la elaboración de los métodos modernos de enseñanza científica en las escuelas populares. El profesor halla en estas asociaciones un apoyo preciosísimo. Sin su auxilio, el pobre maestro rural, recargado de trabajo y poco retribuido, sería bien miserable. La Academia de medicina para las mujeres (que ha dado a Rusia una gran parte de éstas 700 mujeres doctoras con título), las cuatro universidades para mujeres (cerca de mil alumnas en 1887, cerradas este año y reabiertas en 1895) y la Escuela comercial superior para mujeres, son *enteramente* obra de sociedades privadas. A estas sociedades debemos el elevado nivel que han alcanzado los Institutos de enseñanza para mujeres desde que fueron abiertos en el año 1860. Estas cien entidades, repartidas por todo el imperio ruso (más de 70.000 alumnas), equivalen a los High Schools de niñas en Inglaterra; pero todos los profesores tienen títulos universitarios.

Todas estas asociaciones, sociedades, fraternidades, alianzas, institutos, etc., que actualmente se cuentan a millares en Europa, representando cada una inmensa suma de trabajo voluntario, sin ambición o poco retribuido, ¿qué son sino otras manifestaciones, bajo una variedad infinita de aspectos, de esta perpetua tendencia del hombre hacia el apoyo mutuo y la ayuda recíproca? Durante cerca de tres siglos impidióse al hombre que se tendiera la mano, ni siquiera con propósitos literarios, artísticos o de educación. Las sociedades no podían formarse más que bajo la protección del Estado o de

la Iglesia, o como cofradías secretas, al modo de la masonería. Pero ahora que la resistencia está quebrantada y rota, se esparcen en todas direcciones, se extienden por todas las múltiples ramas de la humana actividad, se hacen internacionales y contribuyen indudablemente, en grado que no puede aún apreciarse debidamente, a derribar las barreras creadas por el Estado entre las diferentes nacionalidades. A despecho de las envidias engendradas por las rivalidades comerciales y de las provocaciones al odio que aun lanza el fantasma de un pasado moribundo, se va desarrollando cada vez más la conciencia de una solidaridad internacional entre los mejores cerebros del mundo, así como en las masas obreras, desde que conquistaron el derecho a las relaciones internacionales, y este espíritu de solidaridad internacional impidió ya que estallara una guerra europea en el último cuarto de siglo.

También debemos citar aquí las asociaciones religiosas caritativas, que son todo un mundo. No cabe duda que la gran masa de sus miembros están animados de los mismos sentimientos de apoyo mutuo que son comunes a toda la humanidad. Desgraciadamente, los pastores religiosos de los hombres prefieren atribuir a estos sentimientos un origen sobrenatural. Muchos de ellos pretenden que el hombre no obedece conscientemente a la inspiración de apoyo mutuo hasta que ha sido iluminado por las enseñanzas de la religión especial que representan, y con San Agustín, la mayor parte no reconocen estos sentimientos en el «salvaje pagano». Por otro lado, mientras que el cristianismo primitivo, como todas las demás religiones, era un llamamiento a los grandes sentimientos humanos de simpatía y de apoyo mutuo, la Iglesia cristiana ayudó al Estado a destruir todas las instituciones de apoyo mutuo y de recíproco sostén ya formadas anteriormente o que se desarrollaban fuera de ella. En lugar del *apoyo mutuo*, que todo salvaje considera como *debido* a su aliado, la Iglesia ha predicado la *caridad*, que toma un carácter de inspiración divina y consiguientemente implica una cierta superioridad del que da sobre el que recibe. Con esta reserva, y sin in-

tención de ofender a los que se consideran como un cuerpo elegido, cuando ejecutan acciones simplemente humanas, podemos, ciertamente, considerar el número inmenso de las asociaciones caritativas religiosas como un resultado de la tendencia al apoyo mutuo.

*
* *

Todos estos hechos demuestran que el encarnizado perseguido de intereses personales sin consideración a las necesidades de los demás, no es la única característica de la vida moderna. Al lado de esta corriente que tan orgullosamente reclama la dirección de los asuntos humanos, vemos que las poblaciones rurales e industriales sostienen una lucha obstinada a fin de reformar de nuevo instituciones duraderas de ayuda y de apoyo mutuos, y descubrimos en todas las clases de la sociedad un movimiento muy extenso hacia el establecimiento de una variedad infinita de instituciones más o menos permanentes tendiendo a igual objetivo. Pero cuando pasamos de la vida pública a la privada de los individuos modernos, descubrimos otro mundo de ayuda y de sostén mutuos, mundo en que la mayor parte de los sociólogos no se fijan, porque está limitado al círculo restringido de la familia y de la amistad personal. (Muy pocos escritores en sociología han prestado su atención a este asunto. El doctor Jhering ha escrito, sin embargo, algo sobre este particular y su caso es muy instructivo. Cuando este gran juriconsulto alemán comenzó su obra filosófica («El objeto del derecho») tenía la intención de analizar «las fuerzas activas que producen el progreso de la sociedad y lo mantienen», y dar de este modo «la teoría del hombre social». Analizó primero la acción de las fuerzas egoístas, incluyendo en éstas el sistema actual de salarios y de coerción en toda la variedad de las leyes políticas y sociales, y siguiendo el plan cuidadosamente trazado de su obra, tenía la intención de consagrar el último capítulo a las fuerzas morales—el

sentido del deber y el amor mutuo—que contribuyen al mismo objeto. Pero cuando fué ocasión de estudiar las funciones sociales de estos dos factores, tuvo que escribir un segundo tomo dos veces mayor que el primero, y sin embargo, no trató más que de los factores *personales*, que en nuestro libro sólo ocuparán unas pocas líneas. L. Dargun trató este mismo tema en 1885, añadiendo algunos nechos nuevos. *El Amor*, de Büchner, y varias paráfrasis de esta obra publicadas en Inglaterra y en Alemania, tratan del mismo asunto.

En el sistema social actual ha sido destruido todo lazo de unión permanente entre los habitantes de una misma calle o de una misma vecindad. En los barrios ricos de una gran ciudad, las gentes viven sin conocer a sus vecinos más próximos. Pero en las callejuelas populosas todo el mundo se conoce y todos se hallan continuamente en contacto. Naturalmente, surgen disputas en las callejuelas como surgen en otras partes; pero se desarrollan agrupaciones según las afinidades personales y en estos grupos se practica el apoyo mutuo hasta un punto del que los ricos no pueden formarse una idea. Si, por ejemplo, contemplamos a los niños de un barrio pobre que juegan juntos en una calle o en un cementerio, o sobre un prado, en seguida nos apercibimos de que entre ellos existe una estrecha unión, a pesar de los combates accidentales, y que esta unión los protege contra toda clase de desgracias. Desde que uno de estos pequeños se asoma a la abertura de un albañal, no falta otro pequeño que le grita en seguida: «No te pares aquí, cogerías la fiebre.» «No subas a este muro, el tren te mataría si cayeses al otro lado.» «No te acerques al foso.» «No comas este fruto, es veneno y te morirías.» He aquí las primeras enseñanzas que reciben los pequeños cuando se mezclan con sus compañeros de calle. ¡Cuántos niños que han jugado por las calles circundantes a las «casas modelos para obreros» o en los muelles y puentes de los canales, hubieran sido aplastados por los coches o ahogándose en las sucias aguas a no haber tenido esta especie de apoyo mutuo! Y cuando un rubio de Jacquot se cae en el foso sin barandilla del patio de

cualquier lechero, o que una pequeña Lizzie de coloreadas mejillas tiene la desgracia de zambullirse en el canal, son tan estridentes los chillidos de la nidada infantil, que toda la vecindad oye la alarma y se lanza a socorrer al infortunado bebé.

*
* *

Existe también la alianza que las madres forman entre ellas. «No puede usted imaginarse—decíame una señora médico que vive en un barrio pobre—lo que estas gentes se ayudan. Si una mujer no ha preparado, o no pudo preparar nada para el hijo que va a nacer—y esto sucede con frecuencia,—todas las vecinas traen algo para el recién nacido. Una se cuidará de los demás hijos, otra de los quehaceres del hogar, y así todas, mientras la madre permanece en cama.» Este hábito es general. Lo dirán todos los que han vivido entre pobres. Las madres se ayudan unas a otras de mil modos diversos y se cuidan de niños que no son suyos. Buena o mala, dejemos que lo decidan ellas mismas, es necesario estar muy *acostumbrado*, para que una mujer de las clases ricas sea capaz de pasar por el lado de un niño que tiembla de frío y de hambre y no prestarle siquiera su atención. Pero las madres de las clases pobres no tienen esta costumbre. No soportan el espectáculo de un niño hambriento; es necesario que le den algo, y se lo dan. «Cuando los niños de la escuela piden pan, raras veces, o mejor, nunca encuentran una negativa»—me escribe una señora amiga que ha trabajado durante años en Whitechapel en relación con un club de obreros. Pero mejor será que traslade aquí algunos pasajes de su carta.

«Es costumbre muy general entre obreros que los vecinos se asistan en caso de enfermedad, sin pensar siquiera en retribución alguna. De igual modo cuando una mujer tiene hijos y ha de marcharse al taller, no falta otra madre que se cuide de ellos.

»Si en la clase obrera no se ayudaran unos a otros no podrían vivir. Conozco muchas familias que se ayu-

dan proporcionándose dinero, combustible, cuidándose de los niños, asistiéndose cuando caen enfermas o cuando muere alguno.

«Lo tuyo» y «lo mío» es mucho menos estricto entre los pobres que entre los ricos. Constantemente se prestan los zapatos, los vestidos, los sombreros, etc., todo lo que en un momento dado puedan necesitar, así como toda clase de efectos caseros.

»Durante el último invierno los miembros del United Radical Club reunieron un poco de dinero y pasado Navidad comenzaron a repartir sopa y pan gratuitamente a los niños de las escuelas. Poco a poco tuvieron que servir a unos 1.800 niños. El dinero venía de fuera, pero todo el trabajo que esto implicaba lo efectuaban los miembros del Club. Algunos que se hallaban sin trabajo acudían ya desde las cuatro de la madrugada para lavar o mondar las legumbres. Cinco mujeres llegaban a las nueve o a las diez, después de haber efectuado el trabajo de sus propias casas, y cocinaban, esperando hasta las siete para poder lavar los platos. Veinte o treinta obreros servían la sopa, de doce a una y media, robando tiempo a su propia comida. Esto duró dos meses. Nadie cobró ni un solo céntimo.»

Mi amiga menciona asimismo diferentes casos particulares, de los cuales son muy característicos los siguientes:

«Ana W. fué llevada por su madre a casa de una señora anciana (en Willmot-Street) que debía encargarse de guardarla y mantenerla. Al poco tiempo la madre murió y la vieja, muy pobre asimismo, se quedó con la niña, sin recibir un céntimo. Cuando murió a su vez la anciana, la niña, que entonces tenía cinco años y que había estado bastante descuidada durante la enfermedad de su protectora, estaba vestida con puros harapos; pero inmediatamente fué recogida por la esposa de un zapatero, con cinco hijos. Ultimamente, mientras el marido estuvo enfermo, apenas si pudieron comer unos y otra.

»Días atrás la señora M., madre de seis hijos, cuidó a la señora A. durante su enfermedad, y se encargó del niño mayor de esta última. Pero ¿tiene usted necesi-

dad de saber estos hechos? Son muy comunes. Conozco también a la señora D... (Oval, Hackney Road) que tiene una máquina de coser y cose constantemente para otros sin querer remuneración ninguna, por más que tiene que cuidarse de sus cinco hijos y de su marido...»

Para todo aquel que conoce un poco la vida de las clases obreras es evidente que si éstas no practicasen el apoyo mutuo ampliamente no podrían vencer las dificultades con que topan a cada momento. Es una pura casualidad hallar una familia obrera que haya pasado la vida sin tener que hacer frente a circunstancias parecidas a la crisis descrita por el obrero cintero José Gutteridge, en su autobiografía. Si todos no naufragan en semejantes circunstancias lo deben al apoyo mutuo. En el caso de Gutteridge es una vieja criada, extremadamente pobre, que se presenta en el momento en que la familia acercábase a una catástrofe final y aporta un poco de pan, de carbón, de ropa, obtenidos a crédito. En otros casos es un vecino cualquiera, que salva a una familia. Pero sin el auxilio de otro pobre, ¡cuántos quedarían arruinados para siempre cada año! (Muchísimos ricos no pueden comprender cómo es posible que los más pobres *pueden* ayudarse unos a otros porque no se forman una idea justa de qué cantidades infinitesimales de alimento o de dinero depende a menudo la vida de un desgraciado de las clases más pobres. Lord Shaftesbury había comprendido esta terrible verdad cuando creó el Fondo de las Pequeñas vendedoras de Flores y de Berros, fondo sobre el cual se hacían préstamos de una libra (25 francos) y a veces de dos, para que las muchachas pudiesen comprar un cesto y flores en invierno, que es cuando más apremia la necesidad. Los préstamos se hacían a muchachas que no tenían «un sixpence» (60 céntimos), pero a las que nunca faltaba otro pobre que saliera a fiador por ellas. «De todas las obras en que he estado mezclado—escribe lord Shaftesbury—considero que ésta es la que más éxito ha obtenido... La inauguramos en 1872; desembolsamos de 800 a 1.000 préstamos y durante todo este período apenas si hemos perdido cincuenta libras... Lo que se ha perdido—y es poco en estas circunstancias—ha

sido siempre a causa de enfermedad o muerte, no de fraude.)

M. Plimsoll, después de haber vivido algún tiempo entre pobres, gastando siete shillings seis pence por semana (9,35 francos), hubo de reconocer que los sentimientos de benevolencia que experimentó al principiar esta vida «se cambiaron en admiración y cordial respeto» cuando vió de qué modo las relaciones de los pobres abundan en hechos de apoyo mutuo y conoció la sencillez con que este apoyo se prodiga. Después de muchos años de experiencia sacó en conclusión que «cuanto más se reflexiona seriamente puede decirse que tal como son estos hombres, tal es la gran mayoría de las clases obreras». Es costumbre tan extendida encargarse de huérfanos, hasta en las familias más pobres, que se la puede considerar como una regla general. La investigación efectuada después de las explosiones en las minas de Warren Vale y de Lund Hill evidenció que «casi un tercio de los mineros muertos mantenían, además de su familia propia, a individuos de las ajenas». «¿Habéis reflexionado—agrega Plimsoll—lo que esto representa? No dudo que hay gentes ricas o simplemente acomodadas que hacen igual; pero considerad la diferencia; considerad lo que la suma de un shilling suscrito por cada obrero para ayudar a una viuda de un camarada, o de seis pence para costear los gastos de un entierro, representa para el que gana 16 schillings por semana y que tiene mujer y a menudo cinco o seis hijos a quienes mantener». Y estas suscripciones son muy usuales entre los obreros de todo el mundo, hasta en casos de menos gravedad que los apuntados. Ayudarse en el trabajo es de lo más común en su vida.

Por lo demás, estas mismas costumbres de apoyo mutuo se encuentran también entre las clases ricas. Ciertamente es que cuando uno piensa en la dureza de corazón que los patronos demuestran a menudo para con sus obreros, se siente tentado a ver la naturaleza humana bajo un aspecto pesimista. Recordemos la indignación que se levantó como un latigazo durante la gran huelga del Yorkshire, en 1894, cuando los propietarios de las mi-

nas hicieron procesar a unos mineros ancianos que habían tomado un poco de carbón de un pozo abandonado. Y dejando a un lado los horrores de los períodos de lucha y de guerra social, horrores como el exterminio de millares de obreros encarcelados después de la caída de la Commune, ¿quién podría leer, por ejemplo, las revelaciones de la información sobre el trabajo que en 1840 se hizo en Inglaterra, o lo que escribió lord Shaftesbury sobre «el espantoso despilfarro de vidas humanas en las fábricas, a las que iban a parar todos los niños recogidos en los *Workhouses*, o simplemente comprados en todo el país (Inglaterra), para luego ser vendidos como esclavos de las fábricas?» ¿Quién podría leer, repito, todas estas infamias sin impresionarle profundamente esta bajeza de que es capaz el hombre cuando se trata de satisfacer su avaricia? Pero es necesario decir asimismo que la responsabilidad de tales tratamientos no ha de arrojarse por entero sobre la criminalidad de la naturaleza humana. ¿Acaso las enseñanzas de los hombres de ciencia y de una gran parte del clero, hasta época reciente, no eran lecciones de desconfianza, de desprecio y de odio contra las clases pobres? ¿No enseñaba la ciencia que desde que la esclavitud quedó abolida, si aun había pobres éranlo por sus propios vicios? ¿Qué poco numerosos eran en la Iglesia los que tenían el valor de vituperar a los «asesinos de niños!» La gran mayoría continuaba enseñando que los sufrimientos de los pobres y hasta la misma esclavitud de los negros formaban parte del plan divino. ¿Acaso el no conformismo no fué sobre todo una protesta popular contra el duro tratamiento que los representantes de la Iglesia anglicana oficial infligían a los pobres?

Con tales conductores espirituales, necesariamente los sentimientos de las clases ricas tenían que quedar, no embotados, como hace observar Plimsoll, sino «estratificados». Raramente piensan en los pobres, de los que están separados por su manera de vivir y a los que no conocen en sus mejores aspectos: en su vida diaria. Pero entre los ricos—dejando ahora a un lado su avaricia y los despilfarros que la misma riqueza les im-

pone,—entre ellos, en el círculo de su familia y de sus amigos, los ricos practican la misma ayuda y el mismo apoyo que los pobres. El doctor Hering y L. Dargun tienen perfectamente razón cuando dicen que si se pudiese hacer una estadística de todo el dinero que pasa de mano en mano en forma de ayuda o de préstamos amistosos, la suma total sería enorme, hasta comparada con las transacciones del mundo comercial. Y si pudiéramos añadir, como deberíamos, lo que se gasta en la hospitalidad, en pequeños favores mutuos, sin contar el arreglo de los asuntos ajenos, los donativos y las caridades, ciertamente nos llenaría de asombro la importancia de tales transferencias en la economía nacional. Hasta en el mismo mundo gobernado por el egoísmo comercial, la expresión corriente «esta casa nos ha tratado duramente», demuestra que hay asimismo el tratamiento amistoso, opuesto al duro trato que no conoce más que la ley. Todo comerciante sabe bien que sin este sostén amistoso de los demás, quebrarían anualmente muchas casas de comercio.

Tocante a los donativos caritativos y a la suma de trabajo que para el bienestar general suministran voluntariamente tantas personas acomodadas, tantos obreros y tantos hombres de la clase profesional (médicos, etcétera), cada uno de nosotros conoce el papel que desempeñan estas dos categorías de beneficencia en la vida moderna. Si el deseo de adquirir notoriedad, poder político o alguna distinción social estropea a menudo el verdadero carácter de esta clase de beneficencia, no es posible dudar que el impulso viene, en la mayoría de los casos, de estos mismos sentimientos de apoyo mutuo. A menudo los hombres que han adquirido riquezas no hallan en ellas la satisfacción que esperaban. Los hay que principian a darse cuenta de que aunque los economistas representen la riqueza como una recompensa al mérito, su propia recompensa es exagerada. La conciencia de la solidaridad humana principia a dejarse sentir, y aunque la vida de la sociedad esté organizada de modo que ahoga este sentimiento por mil medios artificiosos, a menudo vence el sentimiento de solidari-

dad. Entonces muchos buscan dar una salida a esta necesidad profundamente humana y ponen su fortuna o sus fuerzas a disposición de algo, que según ellos ayudaría a traer el bienestar general.

*

* *

Resumiendo: ni el aplastante poder del Estado, ni las enseñanzas de odio recíproco y de lucha despiadada que dieron, adornándolas con los atributos de la ciencia, los filósofos y sociólogos oficiosos, han podido destruir el sentimiento de solidaridad humana, profundamente arraigado en la inteligencia y en el corazón del hombre y robustecido por toda una evolución anterior. Lo que es producto de la evolución desde los primeros períodos no puede ser dominado por uno de los aspectos de esta misma evolución. Y la necesidad de apoyarse y de ayudarse mutuamente que había hallado un último refugio en el círculo estrecho de la familia o entre los vecinos de los barrios pobres de las grandes ciudades, de los lugares y las aldeas o en las asociaciones secretas de obreros, se afirma de nuevo en nuestra misma sociedad moderna y reivindica su derecho a ser, como fué siempre, el principal factor del progreso. Tales son las conclusiones a que necesariamente llegamos cuando consideramos atentamente cada grupo de hechos brevemente enumerados en estos dos últimos capítulos.